

EL TIGRE DE PAPEL

De Fernando Emmerich. Pomaire. 114 págs. Santiago.

Esta novela, breve, centrada en evocaciones, escrita con desenfado y seriedad gramatical, es obra de un escritor que entrega su voz narrativa a un personaje cuya identificación no es fácil. Los diálogos y disertaciones son la síntesis de un “grupo”, de poetas y prosistas que se unieron para analizar y discutir una postura filosófica, un estilo de vida.

Los “hablantes” eligieron un blanco, dejaron volar las flechas que hieren sin lastimar. Consiguieron dar relieve a un hombre, en medio de combates teóricos y derrotas. El “tigre” se desmorona, hasta ser de papel estraza. De ahí, el título.

El autor pertenece a la generación del 50, es un erudito en literatura, conoce a los escritores de jerarquía, los compara con otros del yermo intelectual. Su ironía crece a borbotones, emplea el término académico y el vocablo popular, establece contrastes, deambula por opuestas veredas, sabe que el humorismo, no el sarcasmo, es la inteligente visión deformada de la realidad. Sus personajes viven al revés, escriben poemas, tienen proyectos, quieren producir incendios. Fernando Emmerich se complace en presentarlos con una cajita de fósforos humedecida.

El protagonista, en su segunda etapa, “para describir a la Humanidad habría pretendido subir a las alturas de “La Montaña Mágica”, en vez de mezclarse con “Los de Abajo”. “En el cuento, Borges, no el “Tío Ventura”. “Le falta mucha estupidez para llegar a ser un buen fanático”.

Héroes y ganapanes danzan frenéticamente en estas páginas. ¿Quién será capaz de identificarlos? Sin duda, es mejor dejarlos en la penumbra, con sus arcaicos reumatismos, con los cerebros cuajados.

Son esperpentos que, sin duda, tuvieron realidad en los horizontes amplios y en los bosquecillos del vivir nacional. El autor nos hace leer al galope. He ahí su mérito narrativo. El “garabato” está dicho con gracia, sin malicia, como una exclamación que evita el estallido de la caldera. Las palabras, “monedas lingüísticas”, brillan cuando se tiene el acierto de convertirlas en imagen o metáfora impura, útil en un momento, insinuada con garbo.

Esta novela ostenta una presentación. Su autor es Enrique Lafourcade, brillante escritor, incansable, autor de una serie de artículos sobre arte. Dibuja a los seres humanos por fuera, y les da vida interior con unas pinceladas. Los deja que sean ellos mismos, entre torbellinos y quietudes casi monacales. ¡Qué difícil todo ello!

En ese prólogo está la “verdadera” historia de la generación del 50, cuyo sobreviviente es Emmerich, porque caza tigres de papel y permite que algunas personas lloren lágrimas diamantinas.

Veamos unos ejemplos de su estilo:

“Calderón se casó con una vieja platuda. Pero la vieja no se piensa morir. Y

no sólo no se piensa morir, sino que ha rejuvenecido con Calderón. ¿Riveros? Lo acuchillaron en una riña. El Polo Pardo, ¿te acuerdas?, es hoy campeón de lucha libre, y se llama el Apolo del Almendral. Mario Capurro está dedicado a los negocios, y se ha convertido en un potentado. El Cometa Villanueva, iba una vez a clases al año”.

Le bastan unas palabras para dar vida a un personaje complejo. El individuo que fuera “tigre” está visto e inmovilizado para siempre en estas líneas:

“Recuerdo que un día le mostré (me gustaba provocarlo) el poema “El muro”, de Alejandro Carrión. Uno donde pregunta el autor: ¿La madre? ¿De qué tamaño es el amor de la madre? Y se contesta: ¡El muro es más alto! ¿El amante? ¿De qué tamaño es el amor del amante?”.

“Garcés le dio, por encima de mi hombro, desdeñosamente, una ojeada displicente al poema, lo rompió en mil pedazos... ¡Esta opinión me merece tu poemita! Yo practico la crítica destructiva. Pero en realidad esto ha sido, más que una crítica, un acto de piedad, eutanasia pura, viejo. Lo que no tiene remedio debe morir”.

V.M.

HISTORIA DE LA SOCIOLOGIA

De Helmut Schoeck. Herder, Barcelona. 439 págs.

El autor es discípulo de Spranger. Los capítulos más importantes son los que se refieren al conocimiento de las estructuras sociales, a la sociología del saber y al diagnóstico del tiempo. Ese “tiempo” no guarda relación con el futurismo. Consiste en una manera de conseguir que la vida sea una constante sorpresa.

La sociología, con sus realidades e hipótesis, nos explica el estilo de vida que ha correspondido “a cada presente”.

Desde antiguo se han estudiado los mecanismos de relación social. Por necesidad surgió la idea de “grupo”, y se delimitaron las acciones que están regidas por la conducta de opuestas constelaciones humanas. Los educadores, mediante cortes transversales, llegan a intuir el sentido del vivir gregario, de acuerdo con una finalidad que bien puede llamarse pedagógica.

La idea de fijar la imagen de un tipo de hombre está en la mente de todos los sociólogos. Y he ahí que, atravesado en el camino, aparece el mundo curioso de las utopías, es decir, de lo “que no está en ningún lugar”.

Pero lo que no se halla en parte alguna, ni en el tiempo histórico ni en el posible, ha desempeñado un papel importante en los programas de la sociología, precisamente porque sus alardes conceptuales son como sátiras que lindan con los diversos grados del humorismo. Esta obra de Schoeck nos presenta interesantes ejemplos. Es uno de sus grandes méritos.